

CORO DE CRUZADOS.

Vén, defensor de la cruz,
Deja esta pérdida tierra;
Rompe, oh rayo de la guerra,
Las cadenas del placer.

UBALDO.

Fué su primer deseo
La lid y la victoria,
Y al nombre de la gloria
Mis pasos seguirá.
O libraré mi amigo
Del torpe hechizo fiero,
O su olvidado acero
Mi sangre teñirá.

REINALDO.

¿Qué soldados son éstos?... Mas ¿qué veo?
Ubaldo, dulce amigo....

UBALDO.

¿Quién eres tú?

REINALDO.

¿Y á tu querido alumno
Desconociste ya?

UBALDO.

Mi alumno era
Rayo de Marte, altivo, generoso,
Gloria de Italia y de la cruz defensa;
Tú en ocio torpe y bajo el torpe hechizo
De mágica hermosura,
Halagada de pífidos placeres;
¡Ah! perdona; Reinaldo tú no eres.

REINALDO.

Si es el amor delito,
Nadie será inocente;
De amor la llama siente
El aire, tierra y mar;
Y hasta el leon furioso,
Del dulce fuego herido,
En áspero rugido
Lecciones da de amar.

UBALDO.

Ama, pues, bello jóven;
Cuando en Salen, á su valor rendida,
Tremolen la cruz santa los cristianos,
Dirán: *Venga Reinaldo, ya no hay riesgo;*
Y añadirán: *Cuando en sangrientas lides*
Junto á los sacros muros
La Europa con el Asia batallaba,
Reinaldo de cobarde se ocultaba.

REINALDO.

¡Cobarde yo!... ¡oh injuria!....
Mas ¡ay! bien merecida....
¡Oh oprobio de mi vida!....
Que tiemblen mi furor.

UBALDO.

Ya triunfo; ya su pecho
Con noble fuego arde.

REINALDO.

¡Yo infame!.... ¡Yo cobardel!....
Adios, funesto amor.

LOS DOS.

Tiña enemiga sangre,
Tiña otra vez } mi } lanza;
 } su }
Volemos sin tardanza
Al campo del honor.

CORO DE CRUZADOS.

El viento ligero,
Llenando las velas,
Al muro nos guie
Que cifre á Sion.
El árabe tiemble,
Y Europa confie;
Que ya de Occidente
Despierta el leon.

ARMIDA.

Tiembles el orbe mi furia;
Estallen las esferas, y lanzado
El Aquilon silboso
A las llanuras de la mar, levante
Montañas de agua al cielo amérendado;
Y su abismo profundo
Del pífido bajel sepulcro sea,
Que me roba mi bien.

UBALDO.

Vanos prestigios,
Tú, Reinaldo, no temas.

REINALDO.

¡Yo temer! Del averno enfurecido
Arrostrara los monstruos, el horrendo
Fragor del rayo, el piélago sonante;
¡Ay! sólo temo el lloro de una amante.

ARMIDA.

Tú lo causaste, impío.

REINALDO.

¡Oh voz! ¡Oh amor suave!

UBALDO.

Ya pronta está la nave;
Reinaldo, vén tras mí.

REINALDO.

Voy, y el alarbe tiemble;
Pues en la lid más dura
El llanto y la hermosura
Intrépido vencí.

ARMIDA.

Vuelve, bien mio,
Vuelve á mirarme;
Piedad imploro,
Cuando no amor.
¡Ay! yo fallezco;
Vuelve, tirano,
Ceba tus ojos
En mi dolor.

CORO DE CRUZADOS.

A la lid y á la gloria volemós,
Despreciando las selvas de amor;
Que un instante sus rosas marchita,
Y del lauro es eterno el verdor.

CORO DE GENIOS INFERNALES.

Del hondo Tártaro
El negro seno
A tu voz lúgubre
Sumiso está.
La tierra, el piélago,
Si tú lo imperas,
Con fragor hórrido
Estallará.

ARMIDA.

Tú, palacio eminente,
Tú, florido jardín, de mi ventura
Otro tiempo testigos,
Y ya de mi infortunio monumentos,
Despareced; la vengadora llama
Consuma fuentes, árboles y flores;
Muera todo, pues mueren mis amores.
Espera, infiel Reinaldo,
Espera, ya te sigo;
No, bárbaro enemigo,
No lidiarás sin mí.
La lid de Marte fiera
Prefieres á mi halago;
Y yo, ¡qué injusto pago!
Yo moriré por tí.

No pienses, ingrato, autor de mi pena,
No pienses que has roto la hermosa cadena
De rosa y de mirto que amor nos tejió.
¿Qué importa que dejes mi selva encantada?
Armida te sigue, y amante y amada,
Jamás la hermosura su hechizo perdió.

ROMANCES.

I.

Á EUTIMIO, EN LA MUERTE DE SU MADRE.

*Ad tumultum, viridi quem cepite inanem,
Et geminas, causam lachrymis, sacraerat aras.*
VIRGILIO.

Si es cierto que amistad blanda

Tristes lágrimas enjuga,
Bien la mano de tu Anriso
Podrá suavizar las tuyas.
¡Ay dulce Eutimio! Si iguales
Nos maltrató la fortuna,
Si iguales en su regazo
Nos acogieron las Musas,
Y si iguales en tus aras,
Amable virtud, nos juntas,
¿Por qué, de tu pena avaro,
A un tierno amigo la ocultas?
Ese túmulo, ceñido
De helecho y verbena mustia,
Que levanta entre cipreses
Su humilde pompa y oscura,
Di, ¿qué cenizas contiene?
¿Es de un caro amigo tumba,
O bien el amor lo erige
A malograda hermosura?
¿Gimes? ¿Y á mi voz responden
Ardientes lágrimas mudas?
¿Y los acentos que empiezas,
Entre suspiros se anudan?
Lo que tú obstinado callas,
Ese mármol lo divulga,
Do de su víctima el nombre
Perdonó la muerte dura.
De tu dolor el misterio
La amistad temblando busca;
A la mejor de las madres
De un fiel hijo la ternura.
¡Infeliz! gime y lamenta;
Nunca tus lágrimas, nunca
Igualarán tu infortunio,
Por acerbas ni por muchas.
Perdiste una madre! ¡Oh nombre
De inefable amor, que anuncia
Cuantos afectos á un alma
O la deleitan ó angustian!
Tal vez la amistad violan
Del insano amor las furias,
Cuyo estrecho lazo rompe
La infidelidad perjura.
Entre ambiciosas sospechas,
Amor paternal, fluctúas;
Y un hijo ingrato é indócil
La ley más sagrada burla.
Mas ¡ay! del pecho materno
¿Cuándo faltó la ternura?
Ni ¿qué ardor ó qué constancia
Podrá igualarse á la suya?
¡Lloremos, mi dulce Eutimio,
Lloremos juntos. La tumba
Allá en los campos del Bétis
Mi adorada madre oculta.
Y á tí, lejos de tus brazos,
Te la arrebató sañuda
La Parca, do tus amores
Remoto sepulcro cubra.
¡Siquiera el yerto cadáver
Poseyeses, y en la urna
Su helada ceniza fuera
Testigo de tu amargura!
Sólo un túmulo vacío
Consagras, imagen muda
Del dolor; falaz imagen,
Que tus acentos no escucha.
Este solitario asilo,
Que el sol apenas alumbrá,

Y donde flébil el aura
Tristes acentos murmura;
Esas ramas lastimeras,
Que al suelo bajando mustias,
Fúnebre pompa de otoño,
La muerte del año anuncian;
Esta fuente, que resbala
Callada por la espesura;
Aquella selva, que aterra
Melancólica é inculta;
Ese monte, que amenaza
Con su pesadumbre adusta
Todo el campo, y que parece
Túmulo de la natura;
Albergue de la tristeza
Son, y las almas lo buscan,
Que á gemir sin esperanza
Condenó la suerte injusta.
Aquí, Eutimio, lamentemos,
Tú mis penas, yo las tuyas,
Y nuestras lágrimas sean,
Como los consuelos, mutuas.
Tu herida, por ser reciente,
Es quizá la más profunda,
Y quizá al dolor de hijo
Otros recuerdos se unan.
La pérdida de una madre
Aflige el alma más dura;
¿Qué será, cuando es Rosaura
La que el túmulo sepulta?
Rosaura, honor de las playas
Gaditanas, en quien juntas
Por la primer vez se vieron
Ciencia, virtud y hermosura.
Aquel corazón, que en balde
No imploró el infeliz nunca,
Y que en el tuyo la imágen
De su piedad perpetúa;
Aquel alma noble y sábia,
Que hermanó con la ternura
De esposa y madre las prendas
Que el hogar cristiano ilustran;
Que de la inocencia hermosa
Conservó la llama pura,
Y agradable á Dios y al hombre
Toda justicia acumula;
¿Quién dignamente, mi Eutimio,
Podrá llorarla? ¿Qué cruda
Aflicción, qué acerba pena
Debe igualarse á la tuya?
Mas ¡oh! ¿perdida es por siempre?
¿Su existencia por ventura
En el seno de la nada
Callada sombra se oculta?
¡Ah! que no; vive y gloriosa
Por eternidades triunfa,
Ni es que el Dios de las virtudes
Que fenezca el justo sufra.
Sí; la tumba inexorable
Podrá en su tiniebla oscura
Cubrir el polvo aterido,
Que un frágil vínculo anuda;
Mas no el espíritu hermoso,
Que altivo y noble se encumbra
Sobre la region etérea
Del solio inmenso á la altura;
Y allí en el gremio sagrado,
Fuente de amor, do se inunda
De celestiales placeres,
Espera que á él te reunas.
Un tiempo será, mi Eutimio,
Que el orbe estallando cruja,
Y entre piélagos de fuego
Cielos y tierras se hundan.
El sol yacerá apagado,
Caerá deshecha la luna,
Y en la confusion primera
Se abismará la natura.
Entonces su hermosa alma,
Libre en la mansion augusta,
Sobre las ruinas del mundo
Brillará cándida y pura.

¿Cuál es tu victoria, oh muerte,
Si aún esa ceniza mustia,
En que te cebas, es fuerza
Que el sepulcro restituya?
Ella desde el alto cielo
Tus lágrimas ve y enjuga,
Dulce amigo, y se entenece
Del dolor que le tributas.
¡No la sientes más suave,
Más madre que lo fué nunca,
Cómo invisible y presente
Tu amargo penar endulza?
¡Ay! aquellas almas tiernas,
Que en la tiniebla profunda
Ven de clara luz bañadas
Las lóbregas sepulturas;
Cuando las sombras que adoran
Se aparecen; cuando escuchan
Dulces cantos, que el silencio
De los sepulcros perturban;
Sin duda el júbilo santo
Prueban que tú ahora, y sin duda
La fe, el amor y el consuelo
Su exaltada mente ofuscan.
¡Dulce ilusión! ya tus ojos
En grato lloro se anublan,
Y la ferviente esperanza
Todas tus penas subyuga.
Gimamos, pues, y esperemos;
Declina la edad caduca,
Y en la orilla del sepulcro,
Flor del placer, yaces mustia.
Cetros, coronas y espadas
En su abismo se sepultan;
Allí calla la elocuencia
Y se eclipsa la hermosura.
Sólo la virtud ignora
Los horrores de la tumba,
Y en el naufragio del mundo
Sobrenadará segura.
Renunciemos en sus aras
Las brillantes imposturas
De la vida; el denso velo
Caiga á la maldad inmundada.
Las lágrimas que vertamos
Santa piedad nos infundan,
Y la humanidad doliente
Socorramos en su angustia.
Este de dolor sagrado
Monumento nos reuna,
Donde ¡oh virtud! gozaremos
Tu contemplación profunda;
Que en las sombras del sepulcro
Altos misterios se ocultan;
Más que la vida parlera,
Enseña la muerte muda.

II.

LA CABAÑA.

Entre las cimas del Alpe
Sobresalen dos montañas,
Que coronadas de nieve
Al cielo sus frentes alzan;
Una al grato Mediodía
Presenta la herbosa falda;
Otra hácia el Norte se eleva
Y del Aquilon la ampara.
Yace entre las dos un valle,
Del Abril querida estancia,
Y á fecundar sus praderas
Un claro arroyuelo baja.
En estas sierras mi padre
Fijó su humilde cabaña,
Guarda de la inocencia
Y de la virtud morada.
Su pajizo techo, expuesto
Al Austro que lo regala,
Jamás del Noto alterado
Probó la indomable saña.

Libre del Bóreas, sus hielos
Tarde ó nunca la maltratan,
Y el astro hermoso del día
Con blanda lumbre la halaga.
En la falda, que visitan
Los céfiros, colocada,
Domina el bosque del Iser
Y del Ródano las playas.
Ofrecen fecundos prados
Alimento á las manadas,
Y las vertientes estío
De doradas mieses cuaja.
Sabrosa é incauta pesca
Da el arroyo y dulce agna,
Y las breñas de los montes
Fácil y segura caza.
El rústico caserío
Coronan tendidas hayas,
Que para contar mis años,
Oh amado padre, plantabas.
Entre ellas lozanos crecen
Cercos de pura esmeralda,
Adonde el mirto y la rosa
Unen matiz y fragancia.
Más allá brotan los frutos
De Vertumno; en las quebradas
Del monte sus blandas pomas
El paciente otoño aguarda.
Allí nací, y allí alegre
Mi simple niñez gozaba,
Cuando destruyó mi asilo
El rayo de la desgracia.
¡Feliz el que nunca ha visto
Más río que el de su patria,
Y duerme anciano á la sombra
Do pequeñuelo jugaba!
Del Autor del universo
Bendecir la mano sabia,
Y amar á mi padre fueron
Los cuidados de mi infancia.
Dios quiso que mis delicias
Huyeran cual sombra vana,
Y que desde niño el cáliz
Del infortunio probára.
Mi padre, fiador de un pobre,
Sintió la justicia avara
Del acreedor, y á otro dueño
Pasó mi humilde cabaña.
En ella murió, llorando
Mi niñez desamparada,
Y entre las hayas del huerto,
Más feliz que yo, descansa.
Un anciano virtuoso
Mis lágrimas enjugaba,
Y de mi orfandad abrigo
Fué su no opulenta casa.
Dió á mi juventud consejos,
Dió á mis penas esperanza,
Y en él un segundo padre
La Providencia me guarda.
Mas ¡ay! para mí no hay dicha
Léjos de aquella cabaña,
Aquel valle, aquella fuente,
Que impresas llevo en el alma.
¿Qué me importan las ciudades,
La opulencia, ni las galas,
De frívolos corazones
Inquietudes adoradas?
Más quiero el tranquilo ambiente
Que en mi niñez respiraba,
Que los ámbares del Ganges
Ni los perfumes de Arabia.
Más quiero el grato silencio
De la repuesta enramada,
Solamente interrumpido
Por las fuentes ó las auras,
Que de las soberbias córtex
Las bulliciosas estancias,
Donde todo es impostura,
Todo, hasta el placer, engaña.
Más quiero el humilde lecho
Do fácil el sueño halaga,

Que velar medroso y triste
Entre ropas de oro y grana.
En la dulce medianía
Mi edad dichosa gozára,
De envilecida miseria
Libre y de opulencia vana.
Bajo la paterna choza
Alegres me despertáran,
Cuando despunta la aurora,
Los trinos de la alborada.
Entonces la tarda junta
Siguiera; ó si Junio alza
Ya de maduras espigas
La rubia sien coronada,
El dulce esquileo de Céres
A las campiñas robára,
O al favor del fresco viento
Hiciera crecer la parva.
Ya bajo los pies el néctar
De Baco se deslizará;
Ya el Setiembre de sus frutos
Me cediera la guirnalda.
Cuando abre la puerta al año
La primavera rosada,
Y en el seno de las flores
Moja el Céforo sus alas;
Cuando todo es vida, todo
Placer; cuando brilla ufana
La bella naturaleza
Con su más pomposa gala;
Del Dios que anima los orbes
La grandeza contemplára,
Cantando los beneficios
De su diestra soberana.
Cuando á mi adorado padre
Tierno llanto consagrara,
Fuera su tumba mi templo
Y su vida mi enseñanza.
En el trabajo y descanso
Imitándole, las hayas
Que plantó, su fresco abrigo
Por la siesta me brindáran.
Así, cual tímida fuente,
Que entre adelfas va callada,
No conocidos del hombre
Mis dulces años voláran,
Hasta que el golpe forzoso
Diese la fatal guadaña,
Y en la tumba de mi padre
Mis cenizas reposáran.
¡Cuándo ilusión tan amable
Veré en realidad trocada,
Oh querida choza mia,
Dulce objeto de mis ansias?
Dicen que á cobrar mi herencia
Corta cantidad bastára
De ese metal peligroso
Que los ciudadanos aman.
Almas tiernas, que mis males
Escuchásteis y su causa,
Vuestra piedad generosa
Un desgraciado reclama.
Pueda una vez la opulencia
Hacer un feliz, de tantas
Como oprime al desvalido
Y sus lágrimas ultraja.
Y pues hay quien más estima
El oro que mi cabaña,
Y á precio de un vil metal
La felicidad se alcanza;
Dadme para conseguirla,
Que en siendo mia, de entrambas
Indias las riquezas todas
Hollaré con firme planta.
Así el Hacedor supremo
Os corone de sus gracias,
Y de prole virtuosa
Felices padres os haga;
Y en vuestra vejez postrera
A la paternal morada
Para besaros la mano
Numerosos nietos vayan;

Favoreced mis deseos,
Alentad mis esperanzas;
Que en brazos de la virtud
La felicidad me aguarda.
Y el Dios que protege al pobre,
Y que la inocencia ampara,
Mis piadosos bienhechores
Premiará con mano larga.

III.

CELIMA.

«Si quieres ver, Zaide amigo,
Todo el cielo en una bella,
Y competirse hermanadas
Bondad, gracia y gentileza,
No faltarás esta tarde
Del Genil en la alameda,
Que es la fiesta de Celima,
Y corren cañas por ella.
Celima, honor de Granada,
Y de la hermosura reina,
La adorada de su esposo,
La celebrada en la vega.
No hay dama que no la envidie,
No hay moro que no la quiera,
Del Guadalquivir al Dauro
Y del estrecho á la sierra.
Mira ya por el Alhambra
Bajar cuadrillas diversas,
Cuyas lanzas y garzotas
Vistosamente se mezclan.
Vén, y admirarás el fausto
De las galas y libreas,
Los recamados jaeces
Y las africanas yeguas;
Y en los palacios y huertos,
Que el herboso valle cercan,
Reunida de Andalucía
La hermosura y la opulencia.
Mas cuando al balcón saliere
Celima por ver las fiestas,
Fijarás en ella sola
Tu vista vaga é incierta.
Ya no hay ojos para Arminda,
Para Fátima ó Benzéida;
Que habiendo visto á Celima,
No hay beldad que lo parezca.
Correrá el velo de gasa
A sus dos claras estrellas,
Y envidia serán del día,
Y gloria del que las vea.
Cuando el almaizar listado
A la airosa espalda tienda,
Y en rizos de ébano puro
Suelte la umbrosa madeja;
Guarda el corazón, amigo,
Que en aquellas redes negras
No hay alma que no encadene,
Ni libertad que no prenda.
Ménos brillará en su frente
El cerco de ricas perlas,
Que en sus mejillas la rosa
Y en sus manos la azucena.
Las plumas de su turbante
No tan gallardas ondean
Cuando apacible las mece
El viento de la ribera,
Como el talle delicado
Inclina afable y risueña,
Si á saludar se levanta
A sus amigas y deudas.
Centro blanco y cabos rojos
Son los colores que precia,
Porque significan juntos
Sinceridad y terneza.
Como el sol es su hermosura,
Que hechiza á todos y alegra,
Su familia la idolatra,
Y las demas la veneran,

De amantes hijos cercada,
Oliva fértil semeja,
Que entre copiosos renuevos
Promete más á la vega,
Y si ha podido sus gracias
Decirte mi tosca lengua,
Las virtudes de su alma
Se sienten, no se celebran.
¡Ves la gloria que la ilustra,
Los placeres que la cercan,
Sin que el destino ni el tiempo
A su ventura se atrevan,
Y entre tantos corazones,
Que sólo agradecerla anhelan,
Correr sus felices dias
En serenidad perpétua?
Pues en secreto derrama
Piadosas lágrimas tiernas
(Yo lo sé bien, que ella misma
Me honró con su confidencia)
Por un infeliz, que gime
En la prision de Baeza,
Do sus contrarios le tienen
O con justicia ó sin ella.
Este infortunio la aflige,
Este tormento la aqueja;
Que no es Celima dichosa
Si sabe que hay quien padezca.
Dulce corazón, que sólo
Para la virtud alientas,
Cuando tú las lloras, ama
El desgraciado sus penas.
Esta angélica ternura
No es conocida en la tierra,
Que hay piedades que envilecen,
Y consuelos que atormentan.
Mas Celima, ¡santos cielos!
Cuando alivia la miseria,
Piden sus modestos ojos
El perdón de conocerla.
Al que blanco de sus iras
Elegió la suerte adversa,
Le basta ser infelice
Para que su amigo sea.
¡Con qué suavidad le mira!
¡Cómo se pinta halagüeña
En su apacible sonrisa
Celestial beneficencia!
Si en el corazón de un hijo
Despunta la flor primera
De la bondad, y al mendigo
Tiende la mano, áun incierta,
¡Con qué ardor, con qué delirio
Al dulce seno lo estrecha,
Y en mil regalados besos
Su virtud naciente premia!
¡Si la vieras cuál suspira
Con el triste! ¡Si la vieras
El secreto de sus males
Arrancar á la indignancia!
Cuando tormentos más graves
A un pecho infeliz apremian,
Su elocuencia compasiva
O los suspende, ó los templea.
Dígalo el cisne del Tajo,
A quien dió fortuna ciega
En cada virtud un riesgo,
Y un suplicio en cada idea.
Léjos de su patria amada
Gime en indigna cadena;
Sólo tu amistad, Celima,
Sus males adormeciera.
O yo lo diga. Deshecho
El timón, rotas las velas,
Y destrozado el navío
De los mares y las peñas;
Abortado de las olas
Apénas besé la arena,
Cuando, deidad de infelices,
Encontré mi puerto en ella;
Y aunque tú sabes, amigo,
Que no hay remedio á mi pena,

Llagas que halague, mortales
Serán si no las consueta.
Dios á la tierra, Celima,
Te concedió, porque hubiera
Ángel para el infortunio
Y para el naufragio estrella.
Tu imaginación ardiente
Otro ensalzará, ó la fuerza
De ese ingenio que te abre
El imperio de las letras;
O ya el delicado instinto
De lo bello, á quien presentan
El saber y la armonía
Sus más preciadas riquezas;
O tu donaire, ó las gracias
De tu nativa elocuencia,
O el no común maridaje
De la hermosura y modestia.
Mas cuantos dones prodigan
Fortuna y naturaleza,
Nada son si no es piadosa
El alma que los posea.
Esta es la beldad, que sólo
Adoro yo en tí; que ésta,
Ni el tiempo la descolora,
Ni los cuidados la menguan.»
» Mas ya de Sierra Nevada
El sol á apartarse empieza,
Y las cuadrillas se cruzan,
Y las dulzainas resuenan.
Ven conmigo, y tomaremos
Puesto de donde la veas,
Y allí admirarán tus ojos
Más que te ha dicho mi lengua.»
Esto á Zaide el desterrado
Del Guadalquivir dijera,
Y hácia el Genil se encaminan
A ver las cañas por verla.

IV.
BELINDA.

«¡Qué hechizo derrama el cielo,
Hermosa, en tu voz divina,
Que ya en las almas no cabe
Otro placer que el de oír! ?
No á la nacarada aurora,
Cuando el Oriente iluminara,
Con más dulzura aplaudieron
Las pintadas avecillas;
No más lastimera y tierna
La amorosa tortolilla
Lamentó al perdido esposo
En las ramas de la umbria;
No más grato el arroyuelo,
Saltando entre tersas guijas,
Con blando murmurio halaga
Los céfiros de la orilla;
Ni el ruiseñor, si desoye
Su voz la consorte esquiva,
Más dolorosas querellas
Al eco del valle envía.
El amor, cuando en tu rostro
Sembró la rosa encendida
Del Abril, cuando en tus labios
Destiló la miel del Híbla;
Porque á tu hermosura no haya
Libertad que no se rinda,
Puso en tus ojos su incendio
Y en tu acento sus delicias.
Y en vano, amantes incautos,
Huiréis de su hermosa vista;
Que hay también para el oído
Dulce inevitable herida.
¡Con qué atractivo donaire,
Con qué graciosa arteria,
De amor las plácidas leyes
Tu voz halagüeña dicta!
Ya en verso elevado y puro
Celebres su blanda risa,

O ya en vulgares canciones
Afectos nobles describas.
¡Cuánto placer mana entonces
Tu boca, cuántas caricias!
¡Con cuánta ilusión los pechos
Enardecidos palpitan!
Ya de artificioso amante
Cantas la astucia maligna;
Ya más tierna y seductora
Himnos al placer suspiras.
En tus labios sér y forma
Recibe la simpatía,
Y al dulce lazo de Vénus
La primavera convida.
Al pescador que blasfema
El poder de amor, castigas;
Y al que le imite, igual pena
Tus ojos le pronostican.
Las blandas quejas, las lides
Del desden, sus breves iras,
Y del jardín de Cíteres
Las deliciosas guaridas,
¡Quién, Belinda, las describe
Como tú? ¡Quién alma y vida
Con más verdad, con más gracia
Prestó á la voz fugitiva?
Mas ¡oh! si en lúgubres tonos
Gime enlutada la lira,
Y del amor desgraciado
La doliente queja imita,
No es entonces la belleza
Que adoramos: no es Belinda;
Es con todos sus prestigios
La dulce melancolía.
Es Psiquis, que el bien perdido
Llora en la escarpada cima;
Es Vénus cuando en sus brazos
El joven amado espira.
¡Cuán lánguidas sus miradas
Desfallecen! ¡Cuál oscila
Su lindo seno! ¡Cuán triste
Baña el llanto sus mejillas!
¡Cómo en el bello semblante
Mágico el dolor se pinta!
¡Ay! ¡Cuál será el alma fiera
Que á tanta ilusión resista?
Dígalo yo.... ¡Cuántas veces
Corristeis, lágrimas mías,
Si de la homicida ausencia
Lamentó la furia esquiva!
¡Cuál penetraba en mi seno
Su débil voz! ¡Cuál hería
De este corazón sensible
Las más delicadas fibras!
Yo escuchaba las querellas
De una ausente; yo creía
Ver la solitaria selva
Donde en libertad suspira.
Tal vez tú misma consueta
Mi acerba pena; tú misma,
Belinda, tal vez la halagas
Amistosa y compasiva.
¡Ah! gocen otros felices
Glorias, placeres y risas;
Que yo en gemir á tu lado
Cifraré toda mi dicha.
Con tal que tu hermosa mano
Mi llanto enjague benigna,
Lágrimas que te apiadan,
Amor llorarlas querría.
Si él las causó, y es tu acento
El que á verterlas me obliga,
La amargura de su fuente
Tu hechicera voz mitiga.
¡Ay! esas gracias, que templean
Pesares, que almas cantivan,
No al arte solo de Orfeo
Pienses que le son debidas.
Puede la música al labio
Prestar su yaga armonía;
Mas no de afectos é ideas
La expresión casi divina,

III, Ps.-XVIII,

¡Sabes, hermosa, en qué fuente
Brotó el fuego que fulminan
Tus ojos? ¡Quién á tu canto
La ardiente pasión inspira?
Ese pecho, do entre lirios
La fiel ternura se anida;
Ese corazón, que sólo
Para el dulce amor palpita.
Feliz, no ya el que merece
Entre adoradas caricias
Ser tuyo; ventura tanta
Los mismos dioses envidian;
Sino el que alguna memoria
Te deba, y si complacida
Le miras, pueda imponerte
El tierno nombre de amiga.
Con él burlaré atrevido
Tu furor, oh suerte impía;
Y este pecho, aunque en sus hierros
El infortunio lo oprima,
Libre y contento á tu lado
Verás que late y respira,
Y la amistad generosa
Halaga su acerba herida.
¡Ay! de tan sabrosa llama
Las puras blandas delicias
Sólo es dado el explicarlas
A los que saben sentir las.
Si cantas, todas mis penas
Enmudecen; si me miras,
Huye el dolor de mi pecho,
Vuelve á mi rostro la risa.
Así del cantor de Tracia
La voz oyendo y la lira,
El reino infausto de Dite
Sintió una vez la alegría.
Vive feliz; tu belleza
Burla del tiempo las iras,
Y ni el tiempo ni la suerte
Jamás perturben tus dichas.
De las almas tiernas seas,
Cual tú mereces, querida,
Y siembre el amor de flores
La carrera de tus dias.
Esta expresión de mi afecto
Recibe afable, y olvida,
Por ser pura y verdadera,
Lo que pierda por ser mía.»
Así el desterrado Anfriso
Dice á la hermosa Belinda,
Cuando su voz alegraba
Del Gers odioso la orilla.
Ella sus tiernas razones
Premia con blanda sonrisa,
Y vuelve á cantar, y Anfriso
Enmudece para oír la.

V.
Á LUCINDA.

(Imitación de Horacio.)

Dime, por todos los dioses,
Dime, Lucinda, ¡qué impío
Furor, qué amor malhadado
Te impele á arruinar á Aristo?
Ya de la sábia Minerva
Olvida los sacros ritos,
Y evita cual sierpe fiera
El ántes amado libro.
Fué un tiempo en que, coronado
De oliva y cárdeno lirio,
Del Bétis su voz divina
Halagó el márgen florido.
Las bellas ninfas, sacando
El pecho del sacro río,
Pagaban enamoradas
Sus canciones con suspiros.
¡Cuántas veces, linda Iberia,
Depuesto el pudor altivo,

Por escucharle bajabas
Al valle de los alisos!
En vano; que amor no había
Su juvenil pecho herido;
Todos sus placeres eran
Con su lira y sus amigos.
Ora á los ojos se esconde
De Sileno y de Cratilo,
Ni responde á los acentos
Del tierno cantor de Anfriso.
Así dicen que de Tétis
Se ocultó el valiente hijo,
Dejando el lauro y la espada
Por femeniles vestidos.
Mas los brazos de Deidamia
No fueron seguro asilo;
Que allí la trompa de Ulises
Despertó su ardiente brío.
No esperes, falsa Lucinda,
Tenerle siempre escondido;
Que al grito del desengaño
Huyen de amor los prestigios.

VI.

EL DESPECHO.

«Con horrible agüero fuiste
Plantado y en triste día,
Tronco infausto, do engañado
Grabé el nombre de Lucinda.
¿Qué encantamiento funesto
Mis potencias sorprendidas
Pervirtió, cuando á una ingrata
Di la voluntad cautiva?
Si es su beldad seductora
La que rindió el alma mía,
Los ojos que la miraron
Debieron perder la vista.
¿Por qué no estalló mi mano
Cuando en tu corteza fría
Divulgúe, necio, mi oprobio
Y el triunfo de mi enemiga?
¿Por qué enamorado quise
Que crezca su gloria altiva
Tanto como tú crecieses
En verdor y lozanía,
Si la ingratitud odiosa,
Que en su leve pecho habita,
Dejará por siempre al Bétis
Su memoria aborrecida?
Y aunque en sus hermosos labios
El clavel de Mayo brinda,
¿Qué importa, si fuente son
De venenosas mentiras?
No mires, incauto amante,
Aquel seno de delicias;
Que se oculta entre sus pomas
El áspid de la perfidia.
Teme, teme de sus ojos
La mirada dulce y viva,
Que donde hieren no dejan
Sino incendios y ruinas.
El Céfiro, que lascivo
Su lindo talle acaricia,
Exhala oculto veneno,
Y muere el que lo respira.
Si; con hermosos colores
La piel jaspeada brilla
Del tigre, y mueve los ojos
Con aparente alegría.
Mas las penetrantes garras
En tanto pérfido afile,
Y á la descuidada presa
Con grito horrible se tira.
Así al amador sencillo
Con tu hermoso rostro hechizas,
Y á un Elísio de placeres
En tus brazos le convidas.
Esperas á que á tus plantas,
Ardiendo de amor, se rinda;

Y luego en su pecho clavas
Del desden la flecha esquivá;
Y en sus acerbos tormentos
Te recreas complacida,
Y tus juegos y solaces
Son los ayes que suspira.
¡Oh furor! ¡y yo engañado
Me abrasé en tu amor un día?
¿Y á un alma doble y tirana
Di un alma tierna y sencilla?
Huye del tronco, oh funesto
Nombre de la fementida;
Estorba, puñal agudo,
Que en él crezca mi ignominia.
Y tú, infausto árbol, que diste
A mi amor y sus mentiras
Tu corteza, oprobio seas
Del triste verjel que habitas.
Jamás se cubran tus ramas
De verdor; jamás floridas
Gloria del otero sean
Cuajadas de fruta opima.
Ni de la aurora el rocío
En blandas perlas recibas,
Ni del fecundo Favonio
El puro aliento de vida.
El ardiente sol te abrase,
La helada nieve te oprima,
Y nunca el ave amorosa
Por nido tu copa elija.»
Así enfurecido Aristo
Borra el nombre de Lucinda;
Lo ve la pérfida, y ríe
Con desdeñosa sonrisa,
Y dice: «Borra mi nombre,
Que yo lo entrego á tus iras;
¡Feliz si borrar del pecho
Pudieses la imagen mía!»

VII.

EL TEMOR DE LA MUDANZA.

Reclinado está el amor
En el regazo de Celia,
Y entre los lirios del seno
La blanda mejilla asienta.
Los brazos de rosa y nieve
A la cintura rodea,
Y con sus divinos labios
La cándida mano besa.
Pone á sus pies el manojito
De las vencedoras flechas;
De un rosal dejó pendientes
Con el arco aljaba y venda.
Sus lindos ojos sonrien
A los ojos de la bella,
Y con su beso y su halago
Olvida el de Citera.
Aléxis mira gozoso
Las deliciosas ternezas
Con que el amor que lo abraza,
Su amante zagala premia.
Al dulce niño acaricia
Con mano amorosa y tierna;
El bello rostro le halaga
Y al pecho ardiente lo estrecha.
Alaba los claros ojos,
Que con su llama halagüeña
En ardor correspondido
Los corazones incendian;
O bien los rosados labios,
Del placer segura prenda,
O ya los dulces arpones,
Que al mismo Jove sujetan.
Mas al descubrir las alas,
Que ora recogidas plega,
Y que tendidas al viento,
Son de la inconstancia enseña,
De la infiel mudanza Aléxis
La herida mortal recuerda,

IX.

LA VICTORIA INESPERADA.

«Adios, adorada ingrata;
Quédate con tus desdenes,
Que ya el pecho resistencia
Para sufrirlos no tiene.
Tres años há que te adoro,
Desde aquella noche leve
Que entre juegos y alegrías
Me diste herida de muerte.
Y ¿qué he conseguido? celos
Y rigores, sin deberle
Ni á tí, ni al amor, ni al hado
Aun la esperanza más débil.
Ya disimular no puedo
La pasión que me enloquece;
Tus amigas la murmuran,
Y hasta tu madre la entiende.
Es público que á otro amante
El dón de tu mano ofreces:
Todos me miran y rien,
Y algunos me compadecen.
Fuerza es morir; mas no vea
Que hay quien en mi mal se alegre,
Y á mis últimos suspiros
Nupciales cánticos mezcle.
Mira cuál es mi suplicio,
Cuando voluntario ausente
A más que á morir me obligo,
Condenándome á no verte.
Ni espero que ausencia ó tiempo
Tan acerba herida templen;
Que puede partirse Anfriso,
Mas olvidarte no puede.
Ni temas que nuevos lazos
Mi desventura consuelen;
Quien te adoró, bella Emilia,
Te adorará hasta la muerte.
Dulce bien del alma mía,
Adios, adios para siempre,
Ya que el destino y los celos
Y el tirano amor lo quieren.»
Así se despide Anfriso
De la pastora inclemente,
Que á tres siglos de ternura
Opuso un alma rebelde.
Ella en ignorado fuego
Incendiarse el pecho siente,
Y en su corazón helado
Las voraces llamas prenden.
De Anfriso aparta los ojos,
Por si reprimirse puede;
Mas ¡ay! que á mirar su amante
Más enardecidos vuelven.
Hasta que al amor rendida,
Arde en su rostro la nieve,
Timidos suspiros lanza
Y llanto amoroso vierte;
Y al zagal que despechado
Huye, y su triunfo no advierte,
Diciéndole «yo te adoro»,
La blanca mano le tiende.
Anfriso se arroja á ella,
Le imprime besos ardientes,
A su corazón la lleva,
Y entre las suyas la prende.
Estrecha su Emilia al seno,
Y entre rosas y claveles
De la encendida mejilla
Las dulces lágrimas bebe.
Goza, pastor, goza el premio
Que bien merecido tienes;
Un despecho y un suspiro
Hicieron feliz tu suerte.

Y con acento turbado
Así le dice á su Celia:
«¿Qué importa que tu favor
Hoy corone mi esperanza,
Si amor capaz de mudanza
No puede llamarse amor?
Que pierda, Celia, el volar,
Si quieres dicha segura,
Pues le basta á la hermosura
Su inclinación á mudar.»
Dijo, y con ligera mano
Las lindas alas desplega,
Y sus varios tornasoles
Ya para cortar se apresta.
Huye amor de entre sus brazos,
Y al rosal cercano vuela,
Y así maligno responde,
Y de su temor se venga:
«Cuando olvidada de tí
Mude la fineza suya,
¿Qué importa que yo no huya,
Si ella me echará de sí?
Si tu amorosa pasión
Quieres lograr sin recelo,
No á mí me quites el vuelo,
Sino á Celia el corazón.»

VIII.

EL RESPETO.

(Traducción del inglés.)

Corazón, guarda tu llama
En lo más hondo del pecho;
No advierta la bella Elisa
Ni aun el humo de su incendio.
En vano es el llanto; en vano
Ardientes suspiros tiernos;
¿De qué te sirve la queja,
Si es imposible el remedio?
Toda senda á la esperanza
Niega tu adorado objeto;
Para alcanzarlo, es muy alto;
Para olvidarlo, muy bello.
Muere callando, y tan sólo
Se permite á tu deseo
Beber de sus lindos ojos
El no evitado veneno.
Distante de su hermosura,
Como el esclavo del dueño,
Ni el menor gemido rompa
La estrecha ley del silencio.
Teme, teme que tus males
Conozca la causa de ellos,
Y que su burla ó su odio
Castiguen tu atrevimiento.
¡Ay! tú verás su hermosura
Entregarla el hado ciego
A un mortal más venturoso,
Pero que la adore ménos;
Y en aquel alma divina
Y en aquel celeste cuerpo
Mil gracias, que tú hallarías,
Desconozca tibio ó necio.
Y poseerá distraído
Tantos hechizos sin verlos,
Y ella gemirá quejosa,
Medio gozada en su seno.
Elisa ignora, y es fuerza
Que lo ignore, el noble fuego
Que su belleza y las Musas
En tu espíritu encendieron.
Con su idolatrada imagen
Regala tu pensamiento;
Y halague tu acerba herida.
Este dulce devaneo.
Siempre al despertar la veas,
Siempre te la ofrezca el sueño,
Y guarda en el pecho amante
Su memoria y tu secreto.